

## Capítulo 8

# Las fantasías inconcientes: Una lectura a partir de los trabajos metapsicológicos

*Lucía M. Soria*

El tema que aquí nos proponemos abordar es el concepto de fantasía inconciente durante el período de la obra de Sigmund Freud comprendido entre los años 1905 y 1915. Realizaremos, para ello, una indagación bibliográfica que intentará discernir cómo son abordados y teorizados, en este lapso, los productos de la actividad fantaseadora, haciendo énfasis en la particular variante que de aquellos son las fantasías inconcientes.

Como en general sucede con los conceptos freudianos, el de fantasía no permanece incólume a los cambios en la teoría y la práctica psicoanalíticas, presentando variaciones de acuerdo al momento de la obra de Freud en que nos ubiquemos. En este caso, intentaremos recuperar las referencias que, en este período, nos permiten delinear el concepto de fantasía inconciente como contenido privilegiado dentro de los pensamientos inconcientes y como eslabón intermedio en la producción de las formaciones sintomáticas neuróticas. Tomando como punto de apoyo los desarrollos metapsicológicos –y los lineamientos que en ellos se establecen–, consideraremos algunos ejes de lectura que nos permitan examinar y articular dicha noción al andamiaje conceptual allí propuesto. Para ello, recuperaremos también brevemente el propósito perseguido por Freud al momento de proyectar la redacción de los *Trabajos preliminares para una metapsicología* (pretendido compilado introductorio a la disciplina, delineado hacia 1915), así como su inevitable fracaso.

Nos orientan en este rastreo fundamentalmente dos interrogantes. En primer lugar, si es posible hallar una formulación del concepto de fantasía inconciente articulado al abordaje metapsicológico de lo inconciente tal y como es propuesto por Freud en estos trabajos. En segundo lugar, nos preguntamos si resulta posible armonizar los caracteres que Freud otorga en dichos textos al inconciente sistemático en su legalidad (la ausencia de temporalidad, la no intervención del principio no contradicción, la movilidad de las investiduras, etc.) con el modo en que, hacia esos mismos años, caracteriza al mundo de la fantasía como altamente organizado y consistente, al modo de un guión complejo.

En lo que sigue, organizaremos el análisis en dos momentos. El primero comprende los dos apartados iniciales, dedicados a rastrear y circunscribir, a lo largo de una serie de textos

seleccionados, las referencias que allí se hagan al concepto de fantasía y, puntualmente, al de fantasía inconciente. En la segunda parte, dedicada a los desarrollos metapsicológicos, realizaremos una introducción general a la cuestión, para luego explorar, a partir de los textos *Lo inconciente* (1915c/1979-82), *La Represión* (1915b/1979-82) y *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* (1915d/1979-82), ejes que nos orienten para pensar las particularidades del modo de trabajo del sistema inconciente. Buscaremos desplegar los argumentos ahí trabajados, situando algunas líneas organizadoras para una lectura de las fantasías. Finalmente, intentaremos delinear algunas conclusiones derivadas del recorrido.

## El saber sobre las fantasías

En la historia del psicoanálisis suele ubicarse el hito fundamental que supone el abandono por parte de Freud de su primera fórmula de las neurosis (la teoría de la seducción en la niñez), en favor del reconocimiento de las fantasías (encubridoras de la sexualidad infantil) y, con ellas, de la realidad psíquica, en la producción de los síntomas neuróticos. Lo cierto es que desde los inicios de su interés por el enigma de las neurosis, Freud se había visto llevado a reconocer la presencia y el privilegio de las fantasías en el funcionamiento psíquico. Les dedica varios párrafos en sus manuscritos, donde se esfuerza por resolver la ensambladura que implican y les reconoce una función básica, la de ser auténticos “edificios protectores” que se anteponen al recuerdo de las escenas primordiales de ataque sexual y dificultan el acceso a éste (Freud, 1887-1904/1986, pp. 254-6). Así, en sus reflexiones de esta época abundan referencias a las fantasías, que sólo adquieren su estatuto decisivo en el edificio teórico al momento del reconocimiento de la “mentira neurótica”.

Si avanzamos en la obra de Freud, podemos afirmar que entre 1905 –momento en que hace público su abandono de la teoría de la seducción– y 1915 –período en que emprenderá la monumental tarea de elaborar sus trabajos metapsicológicos–, aborda la cuestión de las fantasías en una importante cantidad trabajos, que dan cuenta de la relevancia y fecundidad teórico-clínica de esta cuestión. A continuación, recurriremos a algunos de los trabajos de esta época para explorar dicho panorama.

*Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis* (1905c/1979-82) entraña la particularidad de ser el trabajo en que Freud hace público y explícito el abandono de la creencia en la etiología traumático-accidental de las neurosis. En él, el autor va desarrollando su punto de vista y el modo en que éste ha ido modificando su curso. Si bien muchas de las intelecciones aquí planteadas habían sido esbozadas en trabajos previos, éste otorga una visión más articulada y panorámica del lugar otorgado a las fantasías en esta refundición teórica.<sup>8</sup> Reconoce la importancia de su introducción como elemento fundamental para hacer inteligible la ensambladura de las neurosis y les otorga, además, especial relevancia en la vida

<sup>8</sup> Es así que, si bien es posible hallar numerosas referencias a las fantasías en *La Interpretación de los sueños*, [1900a/1979-82], las reflexiones que allí se ofrecen están íntimamente vinculadas al interés que persigue dicha obra.

psíquica de los “no neuróticos”. Queda en pie, nos dice Freud, el postulado de que la sexualidad infantil marca la dirección que seguirá la vida sexual tras la madurez.

Aquí homologadas a “espejismos mnémicos” o “invenciones de recuerdos”, las fantasías son ubicadas como construcciones “casi siempre producidas en los años de la pubertad” (*Ibid.*, p. 266), y sirven a los fines la defensa frente al recuerdo de la propia práctica sexual infantil – entendida ahora como constitucional–. Son presentadas, por lo tanto, como inseparables de las fuentes pulsionales. Freud nos dice que lo que el psicoanálisis logra develar detrás de los síntomas neuróticos son fantasías, que se intercalan entre las vivencias infantiles y los síntomas, rebasando a las primeras y transponiéndose en los segundos. Si bien, en este punto del texto, el autor señala que esta trasposición operaría de modo *directo* (*Ibid.*, p. 266), unas pocas líneas más adelante aclara que, de hecho, los síntomas son una figuración *convertida* de fantasías,<sup>9</sup> lo que condice con el estatuto otorgado al síntoma (formación de compromiso entre corrientes anímicas contrapuestas, donde además del proceso primario, es necesario reconocer la incidencia de la tendencia represora). Finalmente, el texto menciona, al pasar, “una analogía realmente sorprendente entre estas *fantasías inconcientes* de los histéricos y las invenciones que en la paranoia devenían concientes en calidad de delirio” (*Ibid.*, p. 266, las cursivas nos pertenecen). Nótese que aquí es el único punto del texto en el que se hace referencia explícita a la idea de fantasías inconcientes, permitiéndonos suponer que el autor otorga dicho carácter a los productos de la fantasía previamente abordados en la argumentación. Esto resulta más evidente cuando leemos, paso seguido, que es el trabajo analítico el que permite develarlas allí donde esperaba hallar los recuerdos patógenos. Por otra parte, el parecido entre estas formaciones y los delirios paranoicos, nos brinda un índice para pensar el carácter de complejidad y organización que Freud halla en las fantasías.

*El creador literario y el fantaseo* (1908a/1979-82) es el examen más pormenorizado acerca de la llamada “actividad fantaseadora” (y algunas temáticas conexas) que hallamos en este período. Aquí se propone la premisa de que la creación poética, así como el sueño diurno, serían continuación y sustituto del juego infantil. Freud pone en serie y examina estas actividades, mencionando sus vínculos y diferencias. Señala que el niño que juega se comporta como un poeta, al insertar las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada. El mundo del juego, altamente investido por el niño, tiende a apuntalar objetos y situaciones imaginados en “cosas palpables y visibles del mundo real” (*Ibid.*, p. 128). El poeta, como el niño que juega, crea un mundo de fantasía al que toma muy en serio, separa tajantemente de la realidad efectiva y, en su caso, lo apuntala en el producto de su creación. Este aspecto de “apuntalamiento”, dice Freud, es el que diferencia a estas dos actividades del fantaseo. Si bien el adulto que deja de jugar no renuncia a la importante cuota de placer que el juego depara a la economía psíquica, sí renuncia al apuntalamiento en objetos reales. Sostiene esta ganancia ahora en el fantaseo, “construye castillos en el aire, crea lo que se llama *sueños diurnos*” (*Ibid.*, p. 128). Además, mientras el niño que juega tiene considerablemente poco miramiento por su público y no oculta su juego a los adultos (así como tampoco juega para ellos), el adulto esconde sus fantasías, las trata como una propiedad de las más íntimas. Esta

<sup>9</sup> En palabras del autor: “Aún los síntomas más complejos se revelan como las figuraciones «convertidas» de fantasías que tienen por contenido una situación sexual” (*Ibid.*, p. 270).

diferencia notable entre la conducta de quien juega y de quien fantasea, es vinculada en el texto a otra diferencia, anclada en los motivos de ambas actividades. Al estar, el jugar, dirigido por el deseo de ser grande y adulto, no habría razón para esconderlo. La situación varía en el caso del adulto: sabe que de él se espera que actúe en el mundo real (que no juegue ni fantasee); en su fantaseo hay mucho que se ve llevado a esconder por su carácter *infantil y no permitido* (*Ibid.*, p.129).

Freud nos recuerda que a partir del trabajo con neuróticos fue posible tomar conocimiento de la importancia que reviste la actividad fantaseadora en todo ser humano. Agrega que no es el hombre dichoso quien fantasea, sino aquel que se halla insatisfecho: “Deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad” (*Ibid.*, p.129-30). Estos deseos, aclara, diferirán según el sexo, el carácter y las circunstancias de vida de cada cual, sin embargo pueden ser agrupados de acuerdo a dos orientaciones rectoras: son deseos ambiciosos (que sirven a la exaltación de la personalidad), o son deseos eróticos. Sin embargo, no es la oposición sino la frecuente reunión de ambas orientaciones lo que le interesa resaltar al autor, quien agrega que es posible ver, en estos *deseos pulsionantes*, poderosos motivos para el ocultamiento del fantaseo. Por otra parte, no deberíamos imaginar rígidos e inmutables los productos de la actividad fantaseadora: las “fantasías singulares”, “castillos en el aire” o “sueños diurnos”, son cambiantes, se alteran de acuerdo a las impresiones vitales y a las variaciones en las condiciones de vida, recibiendo de cada nueva impresión eficaz una “marca temporal”:

El nexo de la fantasía con el tiempo es harto sustantivo. Es lícito decir: una fantasía oscila en cierto modo entre tres tiempos, tres momentos temporales de nuestro representar. El trabajo anímico se anuda a una impresión actual [...] capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil las más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el cumplimiento de ese deseo, justamente el sueño diurno o la fantasía, en que van impresas las huellas de su origen en la ocasión y en el recuerdo. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo. (*Ibid.*, p. 130 las cursivas nos pertenecen)

A continuación, Freud se dedica a realizar algunas breves indicaciones. Señala que al proliferar y volverse “hiperpotentes”, las fantasías crean “las condiciones para la caída en una neurosis o una psicosis” (*Ibid.*, p.131) y, además, las ubica como los estadios previos más inmediatos de los síntomas, lo que abre una rama lateral hacia la patología. Con respecto al importante nexo entre las fantasías y los sueños, advierte que “tampoco nuestros sueños nocturnos son otra cosa que unas tales fantasías, como podemos ponerlo en evidencia mediante su interpretación” (*Ibid.*, p.131). La diferencia entre sueños nocturnos y diurnos se hallaría en los deseos que constituyen su motor: en el caso de los primeros, estos habrán sido reprimidos y empujados a lo inconciente, mientras que eso no ocurriría en los sueños diurnos. En definitiva, si nos atenemos a lo que aquí se afirma, tanto los sueños diurnos como los

nocturnos son igualmente cumplimientos de deseo. Si ambos productos se nos presentan a simple vista tan diversos, es debido al trabajo de desfiguración onírica necesario para que los deseos reprimidos puedan manifestarse en la conciencia durante el dormir; dado que a ellos y a sus retoños no se les puede consentir otra expresión que no sea altamente desfigurada.

Si bien este texto tiene como objetivo principal esclarecer las relaciones entre el juego infantil, la actividad poética y los sueños diurnos, hemos visto que intercala reflexiones acerca de la relación entre estos últimos, los sueños nocturnos y los síntomas. Freud pone así de manifiesto la capacidad creadora del hombre y su expresión en productos de diversa índole. Además, rescata el valor que estas actividades tienen en la economía psíquica, dando cuenta de sus motivos pulsionantes. El concebir a los sueños diurnos como un cumplimiento de deseo, lo lleva a establecer nexos entre las fantasías y algunos de los productos del inconsciente. Además, la importancia otorgada a la marca temporal en las fantasías, nos aproxima, nuevamente, al íntimo vínculo de estas producciones con lo infantil, en tanto paradigma de satisfacción.

Si el trabajo anterior hacía énfasis en la dimensión defensiva de los “espejismos mnémicos” frente a la sexualidad infantil (donde puede leerse algo que lleva la marca de lo insoportable para el sujeto, lo inasimilable), aquí se introduce claramente la dimensión deseante inherente a toda fantasía. Son los deseos insatisfechos el motor de las fantasías y, podemos decir ahora, tampoco aquellas que salían al paso en el análisis de los neuróticos y remitían a escenas de seducción, carecían en sí mismas de una impronta deseante.

*Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908b/1979-82) y *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico* (1908e/1979-82) son dos artículos muy cercanos al precedente, tanto temporalmente como en la línea de argumentación que Freud presenta. Aquí se examina más en detalle aquella “ancha rama lateral” que desde las fantasías se abre hacia el ámbito de la patología (Freud, 1908a/1979-82, p. 131). En el primer texto, Freud menciona las fantasías delirantes («*Wahndichtung*», también «*invenciones*» o «*creaciones poéticas*» delirantes, según la aclaración de Etcheverry) de los paranoicos (1908b/1979-82, p. 141). Retoma lo dicho en 1905 acerca del parentesco entre estas formaciones delirantes –que tienen por contenido la grandeza y/o padecimientos del yo–, y aquellas, “en un todo análogas”, que se presentan de manera regular en las psiconeurosis, especialmente en la histeria. Aclara que en las fantasías histéricas se pueden discernir importantes nexos para la causación de los síntomas neuróticos: “La observación no deja subsistir duda alguna: de estas fantasías, las hay tanto inconscientes como conscientes, y *tan pronto como han devenido inconscientes pueden volverse también patógenas*, vale decir, expresarse en síntomas y ataques” (*Ibid.*, p.142; las cursivas son nuestras). Además, emparenta ambos tipos de formaciones psíquicas (fantasías delirantes y fantasías histéricas) con las “raras escenificaciones” a través de las cuales algunos perversos obtienen satisfacción sexual (*Ibid.* p.141). Retoma la idea de que “fuentes comunes y arquetipo normal de todas estas creaciones de la fantasía” (*Ibid.*, p.141) son los denominados sueños diurnos de los jóvenes. Nos recuerda también el parentesco entre sueños diurnos y nocturnos, donde los primeros (cumplimientos de deseo engendrados por la privación y la

añoranza), proporcionan la clave para entender a los segundos, cuyo “núcleo... no es otro que fantasías diurnas complicadas, desfiguradas y mal entendidas por la instancia psíquica conciente” (*Ibid.*, p.141).

Con respecto al origen de estas formaciones, sintetiza un aspecto central para nuestro recorrido: “La fantasías inconcientes pueden haberlo sido desde siempre, haberse formado en lo inconciente, o bien –caso más frecuente– fueron una vez fantasías concientes, sueños diurnos, y luego se las olvidó adrede, cayeron en lo inconciente en virtud de la «represión»” (*Ibid.*, p.142). En este segundo caso, su contenido puede haberse mantenido o experimentado variaciones, convirtiéndose en un “retoño” de aquella antaño conciente. Para apresar el motivo de la represión, Freud vuelve sobre el nexo entre las fantasías inconcientes y la vida sexual de la persona:

En efecto, [la fantasía inconciente] es idéntica a la fantasía que le sirvió para su satisfacción sexual durante un período de masturbación [...] Cuando luego la persona renuncia a esta clase de satisfacción masturbatoria y fantaseada, la fantasía misma, de conciente que era, deviene inconciente. Y si no se introduce otra modalidad de la satisfacción sexual, si la persona permanece en abstinencia y no consigue sublimar su libido [...] estará dada la condición para que la fantasía inconciente se refresque, prolifere y se abra paso como síntoma patológico, al menos en una parte de su contenido [...] (*Ibid.*, pp.142-3)

El interés de quien estudia la histeria, dice Freud, abandona pronto los síntomas para dirigirse a las fantasías de las cuales proceden, resumiéndolo en la siguiente formulación: “Todo cuanto puede averiguarse acerca de la sexualidad de los psiconeuróticos se obtiene por este camino de la indagación psicoanalítica” (*Ibid.*, p.144). Así fue posible descubrir que el contenido de las fantasías inconcientes de los histéricos “se corresponde en todos sus puntos con las situaciones de satisfacción que los perversos llevan a cabo con conciencia” (*Ibid.*, p.143). Freud menciona, a modo de ejemplo, ciertas puestas teatrales que respondían a la voluntad de los césares romanos, sólo pasibles de consumación gracias al ilimitado poder de estos. Mostrando la cercanía entre las fantasías neuróticas y las escenificaciones perversas, se torna clara la contemporánea lectura freudiana de la neurosis como negativo de la perversión.

A partir de lo desarrollado en este texto, podemos caracterizar al síntoma histérico como una formación psíquica –producto de un compromiso entre fuerzas opuestas–, en la cual se realizan una o varias fantasías inconcientes<sup>10</sup> al servicio de un cumplimiento de deseo. De este modo, se figura plásticamente en ellas una parte de la vida sexual de la persona, retorno y sustituto de una modalidad de satisfacción que, si bien real en la vida infantil (y de carácter

---

<sup>10</sup> Una puntuación importante acerca del nexo entre ambos, nos lo presenta como múltiple y complejo. Probablemente se deba, dice Freud, a las dificultades con que tropieza el intento de las fantasías inconcientes por procurarse una expresión. Por regla general, en casos de neurosis prolongadas, un síntoma no corresponde a una única fantasía inconciente, sino a una multitud de estas, *no de modo arbitrario, sino dentro de una composición sujeta a leyes* (Freud, 1908a/1979-82, p.144; las cursivas nos pertenecen).

autoerótico), fue desde entonces resignada<sup>11</sup>. El ciclo típico del quehacer sexual infantil (que involucra una soldadura entre una modalidad de satisfacción hallada y sostenida, y la fantasía que la enmarca), comprende los siguientes momentos: represión- fracaso de la represión- retorno de lo reprimido. El síntoma, dice Freud, puede además asumir la subrogación de diversas mociones inconcientes no sexuales, pero no puede carecer de un significado sexual (*Ibíd.*, pp.144-45).

En el segundo texto mencionado se trabaja más detalladamente la idea de que los ataques histéricos constituyen fantasías proyectadas sobre la motilidad y figuradas de manera pantomímica. El autor agrega que estas fantasías, si bien inconcientes, en todo lo demás son de la misma índole que las que pueden ser capturadas inmediatamente en los sueños diurnos, o desarrolladas por interpretación a partir de los sueños nocturnos. Una misma e idéntica fantasía puede alcanzar una expresión diversa en un sueño y en un ataque (*Ibíd.*, p. 208). Menciona luego la intervención de cuatro factores que provocan la no transparencia de las fantasías implicadas en los ataques: la condensación de varias fantasías en una única figuración, la identificación múltiple, la figuración de un elemento a través de una manifestación antagónica (análoga a la mudanza de un elemento en su contrario), la inversión de la secuencia temporal de la fantasía figurada. Los dos últimos factores de desfiguración, dice el autor, nos permiten vislumbrar las resistencias que lo reprimido se ve precisado a tomar en cuenta aún cuando irrumpe en el ataque histérico (Freud, 1908e/1979-82, p. 209).

Nuestro interés en estos dos textos reside en su análisis de los síntomas neuróticos (fundamentalmente histéricos) con relación a las fantasías que se encuentran en su ensambladura. Mencionábamos antes que el mismo engloba bajo la denominación de *creaciones de la fantasía* un conjunto de fenómenos afines (invención delirante paranoica, escenificación perversa, *Phantasie* inconciente neurótica), y presenta allí como su “fuente común” a los sueños diurnos de los jóvenes (con sus dos orientaciones, erótica y ambiciosa). Tal como veníamos observando, los sueños diurnos son entendidos como cumplimientos de deseo que se articulan al vivenciar infantil (y a su dimensión pulsional) a partir de una situación actual. Asimismo, vemos ahora que son material para otras formaciones del psiquismo, lo que nos lleva a preguntarnos de qué modo se establecen estos vínculos. Debemos dejar aquí esta cuestión, para volver más adelante sobre ella.

Rescatemos, además, que entre las fantasías inconcientes las hay que fueron en su inicio sueños diurnos y posteriormente reprimidas (caso que sería el más frecuente), o que han sido inconcientes *desde siempre*, habiendo surgido con ese atributo. Esta es, básicamente, la concepción que ordenará el abordaje de las fantasías inconcientes a lo largo de todos los textos que aquí trabajaremos. Sin embargo, no hallaremos en nuestra periodización mayor

---

<sup>11</sup> Los síntomas histéricos se comprenden, de este modo, como fantasías inconcientes figuradas mediante conversión, y en la medida en que ellos adoptan manifestaciones somáticas, con frecuencia toman las características de las inervaciones motrices y sensaciones sexuales que originariamente acompañaron a la fantasía cuando aún era conciente.

referencia al otro subgrupo que completaría el conjunto, es decir, a aquellas fantasías que se generarían *directamente* en el inconciente.<sup>12</sup>

En su texto *Sobre las teorías sexuales infantiles* (1908d/1979-82), Freud despliega un copioso material que ha ido colectando de sus pacientes adultos en análisis y de la observación directa de las exteriorizaciones infantiles. Afirma aquí su convicción de que todo niño se ocupa de los problemas sexuales en los años anteriores a la pubertad y que, producto de este trabajo, se configuran en el pensar infantil construcciones de carácter típico a las que denomina teorías sexuales infantiles. El interés que aquellas suscitan, aclara el texto, reside también en su similitud con los mitos y cuentos tradicionales. Además, resultan indispensables para la concepción de las neurosis, en las que “estas teorías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llega a comandar la configuración de los síntomas” (*Ibid.*, p.189). Freud señala que el esfuerzo de saber de los niños (cuyo corolario son estas construcciones teóricas) en modo alguno emerge de manera espontánea sino en función del apremio de la vida, que despierta intereses egoístas y aguza su capacidad de pensar<sup>13</sup>. Estas “falsas teorías sexuales” (*Ibid.*, p.190) llevan todas ellas los límites que la propia ignorancia del niño les impone. Sin embargo, es interesante no descuidar lo que en ellas hay de acertado, que se explica por su proveniencia de los componentes de la pulsión sexual: aunque “grotescamente falsas”, cada una de ellas contiene un fragmento de verdad. Las tres grandes construcciones teóricas desarrolladas en el texto (la atribución a ambos sexos del genital masculino, la teoría de la cloaca y la concepción sádica del coito) nacen de las particularidades de la constitución psicosexual y es por ello que se las puede caracterizar de típicas. El carácter infructuoso de este empeño del pensamiento, limitado por el desconocimiento del niño y por las teorías mismas (que se tornan en obstáculo), contribuye a su desestimación y olvido, que tropezará luego con la represión de los componentes sexuales infantiles. Así, el temprano discernimiento alcanzado acerca de cuestiones relativas a la sexualidad, será luego reprimido y olvidado, en conexión con el destino de la investigación sexual infantil.

Resulta interesante poner de manifiesto las similitudes y diferencias entre estas construcciones y los productos de la fantasía que venimos mencionando anteriormente. Motivadas por problemáticas de índole sexual, y comandadas por los componentes de la pulsión sexual misma, estas construcciones aparecen como un precedente del fantaseo de los jóvenes, e incluso pueden compartir con estas su destino más típico: la represión. Es, entonces, digno de mención que dichas teorías permanecen vigentes y activas en su estado inconciente, y pueden ocupar un lugar importante en la conformación de los síntomas neuróticos.

---

<sup>12</sup> Nótese en estas últimas una posible anticipación de las fantasías primordiales u originarias, que serán teorizadas por Freud más adelante. Al respecto, puede consultarse la 23ª de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17c/1979-82) y *De la historia de una neurosis infantil* (1914-1918/1979-82).

<sup>13</sup> El texto menciona la turbación frente a posibilidad de perder el cuidado de sus padres por la llegada inminente (o temida) de un hermanito, como el incitador que lo llevará a ocuparse del primer grandioso problema de la vida: “de dónde vienen los hijos” (Freud, 1908d/1979-82, p. 190). El pensar del niño, en el momento en que logra independizarse parcialmente de este objetivo inicial, prosigue su trabajo como pulsión autónoma de investigar. El resultado de estas indagaciones suele ser decepcionante para el niño, que recibe de los encargados de su crianza respuestas evasivas, reprimendas o información de cuño mitológico. A partir de entonces, dice Freud, rodea de secreto sus ulteriores indagaciones, alimentando desconfianza hacia los adultos.

*La novela familiar de los neuróticos* (1909a/1979-82) es un escrito breve que versa sobre un conjunto muy particular de “fantasías noveladas” (*Ibid.*, p. 220) que elaboran los niños en una etapa de su desarrollo y que están íntimamente relacionadas a la necesaria pero dolorosa operación de desasimilación de la autoridad parental (*Ibid.*, p. 217). Cuando el niño es ya capaz de ubicar, poco a poco, a sus padres en las diversas categorías a las que estos pertenecen (como hombres entre los hombres, progenitores entre otros progenitores, etc.), puede también comenzar a dudar de su carácter único y sin parangón. A partir de entonces, pequeños sucesos que les provoquen descontento darán la ocasión para iniciar una crítica a sus padres y preferir otros a los suyos propios. Entre otros factores, señala Freud, cooperan intensas mociones de rivalidad sexual, aunadas a las reiteradas impresiones de ser relegados. La impresión de no ser correspondidos en sus propias inclinaciones afectivas puede derivar en la idea novelada de ser un hijo bastardo, o bien un hijo adoptivo. El estadio siguiente a esta enajenación respecto de los padres es aquel que puede designarse propiamente como *novela familiar de los neuróticos* (*Ibid.*, p. 218). Freud menciona que éste es rara vez es recordado con conciencia, pero que casi siempre resulta pesquisable por el análisis. En este punto del texto se intercalan algunas observaciones sobre el carácter de estas construcciones:

Es enteramente característica de la neurosis, como también de todo talento superior, una particularísima actividad fantaseadora, que se revela primero en los juegos infantiles y luego, más o menos desde la época de la prepubertad, se apodera del tema de las relaciones familiares. Un ejemplo característico de esta particular actividad de la fantasía son los consabidos sueños diurnos, que se prolongan mucho más allá de la pubertad. [Ellos] sirven al cumplimiento de deseos, a la rectificación de la vida, y conocen dos metas principales: la erótica y la de ambición [...] Pues bien, hacia la edad que hemos mencionado la fantasía del niño se ocupa en la tarea de librarse de los menospreciados padres y sustituirlos por otros, en general unos de posición social más elevada. (*Ibid.*, p. 218)

En la constitución de unas tales fantasías, concientes en esta época, el material será tomado de las experiencias personales del niño. Además, por su “carácter polifacético y su múltiple aplicabilidad” (*Ibid.*, p. 219), las fantasías de esta índole pueden establecer transacción con todas clases de afanes y no responden estrictamente a las metas características de los sueños diurnos.

Aquí nos encontramos, nuevamente, con un interesante despliegue de la actividad fantaseadora en la época prepuberal que, al igual que en el caso de las teorías sexuales infantiles, se pone al servicio de los intereses y de las tendencias que ocupan el pensamiento infantil. Si bien este texto no lo hace manifiesto, permite entrever la injerencia de los componentes pulsionales, que otorgan empuje a estas construcciones y les imponen su sello. También de modo similar, suele ser necesario el trabajo del análisis para que estos contenidos devengan concientes en un momento posterior.

Por último, nos interesa retomar brevemente algunas menciones relativas a las fantasías que pueden encontrarse en la quinta de las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* (1909c/1979-82). Aquí, nuevamente, la referencia principal son las neurosis, pero también se mencionan los vínculos entre fantasías y otras notables actividades humanas, poniendo el acento en el caso del arte. Freud se detiene a considerar cómo la huida, desde la realidad insatisfactoria a la condición de enfermo, nunca deja de aportar una ganancia inmediata de placer. Ésta se consume, nos dice, por la vía de una “involución” o “regresión” a fases anteriores de la vida sexual que en su momento no carecieron de satisfacción (*Ibid.*, p. 45). Esta regresión es temporal (debido a que la libido retrocede a estadios de desarrollo anteriores en el tiempo) y formal (porque para exteriorizar esa necesidad se emplean “medios originarios” de expresión psíquica). Ambos sentidos apuntan a la infancia y se conjugan para producir un estado infantil de la vida sexual (*Ibid.*, p. 45).

Freud indica que mientras más profundicemos en la patogénesis de la contracción de las neurosis, más se nos revelará la trabazón de éstas con otras producciones de la vida anímica humana, aun las más valiosas. Debido a las elevadas exigencias que nuestra cultura impone a los seres humanos y bajo la presión de sus ideales, hallamos universalmente insatisfactoria la realidad, y por eso mantenemos una *vida de la fantasía* en la que nos gusta compensar, mediante producciones de cumplimiento de deseos, las carencias de la realidad (*Ibid.*, p. 46). Estas fantasías, señala Freud, contienen mucho de la genuina naturaleza constitucional de la personalidad, y también de sus mociones reprimidas. Agrega que el hombre enérgico y exitoso es aquel que consigue trasponer, mediante el trabajo, sus fantasías en la realidad efectiva. Toda vez que ello no se logra, sea por las resistencias del mundo exterior o la endeblez del individuo, sobreviene un extrañamiento respecto de la realidad y el individuo se retira a su mundo de fantasía (que le procura satisfacción); es el contenido de estas fantasías el que, en caso de enfermar, traspone en síntomas.<sup>14</sup> Sin embargo, bajo ciertas condiciones favorables, existe la posibilidad de hallar desde las fantasías un camino diverso hasta la realidad, que no implique enajenarse de ella de manera permanente por regresión a lo infantil. Cuando esta persona, “enemistada con la realidad” posee talento artístico, puede trasponer sus fantasías en creaciones artísticas (utilizarlas como fuente de inspiración) en lugar de hacerlo en síntomas; escapa así al destino de la neurosis y recupera por este rodeo el vínculo con la realidad (*Ibid.*, p. 46). Esta concepción, cercana a la desarrollada en *El creador literario y el fantaseo*, reconoce además en el trabajo artístico una modalidad de vínculo con la realidad alternativa a la salida sintomática. En aquellos casos en que estas vías no son posibles (ni “talento” artístico, ni aptitud para trasponer en la realidad efectiva lo deseado), la libido, siguiendo el rastro de las fantasías, llega “por el camino de la regresión a reanimar los deseos infantiles y, así, a la neurosis. La neurosis hace, en nuestro tiempo, las veces del convento al que solían retirarse antaño todas las personas desengañadas de la vida o que se sentían demasiado débiles para afrontarla.” (*Ibid.*, p. 46)

---

<sup>14</sup> Podemos vislumbrar, nuevamente, el componente económico que veníamos pesquisando en textos previos, al hablar de la proliferación e hipertrofia de las fantasías como condición para la caída en la enfermedad.

Vemos en esta conferencia un panorama sintético de la concepción de las fantasías que veníamos desarrollando, con el agregado de otra pieza teórica: el concepto de regresión. Este último le permite a Freud explicar cómo las fantasías (una vez vueltas inconcientes) abren el sendero para un repliegue sobre modalidades de satisfacción pretéritas, que pasan a configurar las vías de satisfacción sexual actuales, sea total o parcialmente, a través de los síntomas. Otro aspecto que hace a la importancia de este mundo de la fantasía, en el marco de la realidad psíquica, consiste en servir a los seres humanos para compensar la realidad efectiva y sus numerosas limitaciones. Si bien en los textos previos veníamos poniendo de manifiesto que no es justamente el hombre dichoso quien fantasea, aquí podemos agregar, sin embargo, que la insatisfacción constituye la regla y no la excepción, y ello vinculado a la condición misma de la cultura.

## Volviendo sobre nuestros pasos

A lo largo del recorrido por los distintos textos, fuimos desandando e infiriendo los principales argumentos que caracterizan a la conceptualización freudiana de las fantasías en el período estudiado. Pudimos observar cómo el tema es abordado en numerosas ocasiones y desde múltiples vías que permiten ir dándole espesor, así como establecer vínculos con fenómenos afines.

En este primer abordaje, el fantaseo se nos presentó como una actividad sumamente destacable dentro de la vida anímica de los seres humanos. Altamente investida y dinámica, es susceptible de engendrar, de acuerdo a las circunstancias, una prolífica cantidad de productos que podrían ser englobados bajo la denominación freudiana de *creaciones de la fantasía*. De lo trabajado resulta remarcable la similitud que Freud otorga a estos productos. Sean ellos el resultado del pensamiento infantil, de la particularísima actividad fantaseadora de los neuróticos, del cavilar paranoico, etc., en los textos relevados se ponen de manifiesto las similitudes y las cercanías entre las diversas creaciones, antes que las diferencias. Entre las primeras, es digna de destacar la complejidad y coherencia que pueden reunir estas formaciones, presentándose en algunos casos plenamente organizadas y secuenciadas. Es así que Freud no parece dudar a la hora de proponer analogías entre fantasías y obras literarias o teatrales, que nos remiten a cierto carácter escénico y guionado. Además, constituyen, en mayor o menor medida, productos elaborados que toman para su formación material de diversas fuentes, entre las que el vivenciar infantil y las mociones pulsionales se erigen como premisa. En las fantasías, planteaba Freud en *El creador literario y el fantaseo*, "...el deseo aprovecha una ocasión del presente para proyectarse un cuadro del futuro siguiendo el modelo del pasado" (Freud, 1908a/1979-82, p. 131).

Al haber recorrido la serie de fenómenos afines, que nos llevó desde el juego infantil, las teorías sexuales infantiles, la novela familiar de los neuróticos, los sueños diurnos –o castillos en el aire–, el trabajo artístico, hasta las fantasías patógenas neuróticas, los delirios paranoicos, las

escenificaciones perversas y las fantasías en el material onírico, resulta clara la consistencia en el modo en que Freud los hace converger en torno a la teorización de esta particular actividad anímica. Podemos reparar en que ciertos textos (es, por ejemplo, el caso de *Las teorías sexuales infantiles* y *La novela familiar de los neuróticos*), vienen a aportar nuevos hallazgos (en este caso, la importancia del fantaseo prepuberal, no considerado en los textos previos) que son incorporados a la concepción previa, complejizándola. El resultado es una interesante continuidad a nivel de la comprensión de la temática y de su consecuente teorización.

Incorporaremos, a continuación, algunos elementos que allanen el camino hacia una posible articulación entre lo planteado anteriormente y los trabajos sobre metapsicología escritos esta misma época.

## De la “germinación metapsicológica”

El vocablo “metapsicología”, acuñado por Freud, comienza a ser utilizado esporádicamente a partir de 1896 (hasta donde podemos tomar conocimiento) en la correspondencia a Wilhelm Fliess. Emerge, en su pluma, asociado a la indagación sobre la psicología de las neurosis, pero utilizado a los fines de postular cierto distanciamiento (de allí el prefijo *meta*) respecto de aquella. Si bien su uso reviste de cierta oscuridad, indica una distancia con respecto a la psicología académica –contemporánea al autor–, pero sin caer por ello en el dominio del pensamiento filosófico (ni *metafísico*, podemos agregar). Freud se dice, en este momento, ocupado sin cesar por su metapsicología (Freud, 1986, p. 182), a pesar de no utilizar el término en los trabajos dados a publicación<sup>15</sup>. Más aún: en la célebre carta fechada el 21 de septiembre de 1897<sup>16</sup>, donde expresa el desengaño producto de la caída de la teoría de la seducción como causa de las neurosis, afirma: “En esta conmoción de todos los valores [...] mis esbozos de trabajo metapsicológico no han hecho sino ganar aprecio” (Freud, 1887-1904/1986, p. 286). Efectivamente, poco tiempo después, en una carta fechada en marzo de 1898 –en la que hallamos una primera formulación de la hipótesis del sueño como cumplimiento de deseo–, Freud consulta explícitamente a su interlocutor qué opinión le merece el empleo del término “metapsicología” para nombrar *su psicología que penetra tras la conciencia* (*Ibíd.*, p. 329). A partir de entonces y con el creciente interés por los sueños, comienza a perfilarse más claramente la insuficiencia de la psicología coetánea para dar cuenta de las particularidades psicológicas de los procesos oníricos y, en consecuencia, la necesidad de avanzar en esa dirección. Como saldo de este esfuerzo teórico, encontramos la primera gran exposición metapsicológica dada a publicación, en el famoso capítulo VII de *La Interpretación de los sueños*. Si bien no hay una referencia explícita al término, el modo en que es caracterizada la exposición, nos permite leer sus resonancias:

<sup>15</sup> Lo que sucede recién en 1901, donde hallamos una única mención en *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud, 1901/1979-82, p. 251).

<sup>16</sup> La *Carta 69* –de acuerdo a la numeración de las *Obras Completas* editadas por Amorrortu– se corresponde a la número 139 en la edición de cartas escogidas publicadas con posterioridad por la misma casa editora (Freud, 1887-1904/1986).

Tropezamos con la imposibilidad de esclarecer al sueño como hecho psíquico, pues explicar significa reconducir a lo conocido, y por ahora no existe ningún conocimiento psicológico al que pudiéramos subordinar lo que cabe discernir en calidad de principio explicativo a partir del examen psicológico de los sueños. Por lo contrario, nos veremos precisados a estatuir una serie de nuevos supuestos que rocen mediante conjeturas el edificio del aparato psíquico y el juego de las fuerzas que en él actúan; y deberemos tener el cuidado de no devanarlos mucho más allá de su primera articulación lógica, pues de lo contrario su valor se perdería en lo indeterminable [...]. No puede fundamentarse una inferencia acerca de la construcción y del modo de trabajo del instrumento anímico por medio de la indagación del sueño o de cualquier otra operación tomada aisladamente, por cuidadosa que ella sea; para este fin deberá conjugarse lo que el estudio comparativo de toda una serie de operaciones psíquicas arroje como elementos de constancia necesaria (Freud, 1900a/1979-82, p. 506).

De este fragmento podemos rescatar algunos aspectos a tener en cuenta: la insuficiencia del conocimiento psicológico existente (cuestión referida con anterioridad), el carácter incompleto de los supuestos ofrecidos y la necesidad de avanzar cautelosamente en la construcción del andamiaje teórico, a partir de la comparación y el reconocimiento de las convergencias en la interpretación de los fenómenos. En los años posteriores, la expresión “metapsicología” (y su forma adjetivada “metapsicológica” y/o “metapsicológico”) va adquiriendo especificidad conceptual y deviene una marca característica de las elucubraciones teóricas freudianas. Por este motivo, en un texto dedicado específicamente a esta cuestión, Paul-Laurent Assoun se anima a caracterizarla como la “superestructura teórica” del psicoanálisis en su conjunto (Assoun, 2002, p. 9). Esto supone, también, recuperar en este punto la tensión irresoluble que atraviesa al psicoanálisis entre, por una parte, el afán de su creador por sostener el horizonte de cientificidad de su época<sup>17</sup> y, por otra, su esfuerzo por acoger la especificidad de los productos del inconciente. Es decir, si con Assoun definimos a la metapsicología freudiana como la superestructura teórica del psicoanálisis, nos vemos obligados a caracterizarla como necesariamente inacabada, parcial.

No nos ocuparemos aquí de desarrollar los distintos matices que el término subrayado va adquiriendo a lo largo de la obra del padre del psicoanálisis. Sí retomaremos, específicamente, el sentido que adopta hacia 1915, momento en que Freud se embarca en la escritura de una serie de trabajos que pretendía unificar bajo la denominación de *Trabajos preliminares para una metapsicología*, cuyo propósito inicial consistía en “aclarar y profundizar las hipótesis teóricas que podrían ponerse en la base de un sistema psicoanalítico” (Freud, 1915d/1979-82, p. 221). Si bien dicho proyecto quedó trunco, lo que no es ajeno a las dificultades mencionadas previamente, el resultado fueron cinco trabajos que se suelen agrupar a partir de la *Standard*

---

<sup>17</sup> Concebido fundamentalmente bajo el modelo de las ciencias de la naturaleza (*Naturwissenschaften*).

*Edition* como *Trabajos sobre metapsicología*<sup>18</sup>. En ellos, la metapsicología adquiere ahora el sentido de un modo particular de consideración o exposición. Recuperemos, para ello, las palabras de Freud en el texto *Lo inconciente*:

Reparamos en que poco a poco hemos ido delineando, en la exposición de ciertos fenómenos psíquicos, un tercer punto de vista además del dinámico y del tópic, a saber, el *económico*, que aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a obtener una estimación por lo menos relativa de ellos. No juzgamos inadecuado designar mediante un nombre particular este modo de consideración que es el coronamiento de la investigación psicoanalítica. Propongo que cuando consigamos describir un proceso psíquico en sus aspectos *dinámicos*, *tópicos* y *económicos* eso se llame una exposición *metapsicológica*. Cabe predecir que, dado el estado actual de nuestros conocimientos, lo conseguiremos sólo en unos pocos lugares (1915c/1979-82, p.178. Las cursivas pertenecen al autor).

Freud sostiene a la metapsicología como el grado máximo de formalización al que aspira el psicoanálisis; una exposición de este tipo es, a su juicio, la más completa que podemos concebir *por el momento* (Freud, 1920/1979-82, p. 7). A pesar de advertir insistentemente sobre de las dificultades que comprende una tal exposición, sostiene la tentativa y propone a sus resultados como el coronamiento de la investigación analítica. Se trata, para el autor, de proponer de ese modo un ideal expositivo, que, intentaremos mostrar más adelante, no parte de un prurito teorista sino que es impuesto por la necesidad de avanzar en la profundización del conocimiento del psiquismo humano, más allá de la descripción fenoménica. Veremos qué lugar vienen a ocupar los desarrollos sobre las fantasías en este gran proyecto teórico freudiano; pero antes, intentaremos proponer un ordenamiento preliminar.

## ¿Formaciones del inconciente?

Sin lugar a dudas, del conjunto de creaciones de la fantasía que abordamos con anterioridad, Freud privilegia a los sueños diurnos. Vimos que los presenta como el arquetipo normal y la fuente común de otros productos del fantaseo (Freud, 1908a/1979-82, p. 141), recondujimos este entendimiento a su posibilidad de operar como material en la configuración de otros fenómenos psíquicos y a la eficacia que pueden adquirir también en caso de ser reprimidos. Pudimos advertir el hecho de que los sueños diurnos, a pesar de constituir cumplimientos de deseo que llevan en su configuración misma la huella de lo infantil, cuentan con una cierta consideración que les permite desarrollarse en el sistema conciente-

---

<sup>18</sup> Esta serie de trabajos afines fue escrita conjuntamente hacia 1915, si bien dos de ellos se publicaron recién en 1917. Comprende los textos: *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915a/1979-82), *La Represión* (1915b/1979-82), *Lo Inconciente* (1915c/1979-82), *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños* (1915d/1979-82), *Duelo y Melancolía* (1915e/1979-82).

preconciente mientras conserven determinadas condiciones de distribución energética y/o de alejamiento respecto de sus vínculos asociativos con lo reprimido. Además, y justamente por estar sometidos a la legalidad de este sistema, su contenido debe asumir ciertas particularidades.

Si reparamos en las propiedades que Freud atribuye al sistema preconciente en su trabajo *Lo Inconciente* (1915c/1979-82), vemos que a éste le competen: el establecimiento de una capacidad de comercio entre los contenidos de las representaciones (de modo tal que puedan influirse mutuamente), la introducción de una o varias censuras, el examen de realidad y el principio de realidad, la posibilidad de hacer uso de la memoria conciente y el ordenamiento temporal de las representaciones (*Ibid.*, p. 185-86). Tuvimos posibilidad de observar algunos de estos atributos a la hora de considerar la construcción de los sueños diurnos. Es así que destacamos el lugar que las impresiones y las marcas temporales adquieren en su conformación (que compagina una producción a partir de fuentes del pasado y actuales de acuerdo a una tendencia deseante), y su carácter cambiante de acuerdo a las nuevas vivencias o condiciones de vida de los sujetos (dando cuenta del dinamismo que caracteriza al mencionado comercio entre representaciones). Observamos que su contenido supone un ordenamiento del material con adecuación a la expectativa de una trama inteligible, organizada de acuerdo a una orientación.

Así, la composición resultante responde al trabajo y a las exigencias que atribuimos al proceso secundario. Si bien encontramos cierta exención con respecto a su miramiento por el principio de realidad, ello nos llevó a considerar la función resarcitoria del fantaseo frente a las carencias e insatisfacciones que esa misma realidad impone. Nos parece interesante intercalar, en este punto, algunas consideraciones que Freud anticipaba ya en *La interpretación de los sueños*. Allí mencionaba, al ocuparse de la elaboración secundaria como el cuarto de los factores intervinientes en la formación del contenido del sueño, lo siguiente:

*Reencontramos la misma actividad que en la creación de los sueños diurnos puede exteriorizarse sin la inhibición de otras influencias. Podríamos decir sin vacilaciones que este cuarto factor busca configurar, con el material que se le ofrece, algo semejante a un sueño diurno* (Freud, 1900a/1979-82, p. 489; las cursivas nos pertenecen).

Interesante referencia para pensar en qué sentido es posible considerar a las fantasías diurnas un *arquetipo* de otras formaciones, en este caso del sueño. Volvamos ahora sobre la otra dimensión que destacamos en los sueños diurnos, a saber, su capacidad de servir como material representacional para otros fenómenos. Esto se pone de manifiesto en varios de los textos trabajados, donde vemos que son considerados, desde insumos para transformar la realidad de acuerdo a los propios deseos, hasta material para sueños y síntomas. De entre ellos, nos interesan particularmente los vínculos con los productos del inconciente, en tanto nos abren una vía de aproximación a la problemática de las fantasías inconcientes.

Volvamos sobre algunas diferencias básicas entre fantasías, sueños y síntomas, que los textos nos permitieron leer. Podemos señalar que en todo momento estas producciones parecen aproximarse y establecer íntimos vínculos. Sin embargo, y para comenzar a cercar el problema, las fantasías, a pesar de poder ser objeto de la represión y dar lugar a la producción de retoños de lo inconciente (manifestándose en síntomas o sueños, por ejemplo), no constituyen en sí mismas un producto de este sistema psíquico<sup>19</sup>. Volviendo a lo dicho con anterioridad, las fantasías no forman una modalidad de retoño inconciente susceptible de abrirse paso a la conciencia como producto transaccional entre instancias en pugna. Sin embargo, decíamos, sí podemos encontrar en ellas un fecundo material (contenido representacional investido pulsionalmente) para la configuración de aquellos, además de un modelo arquetípico de formación que compute los criterios exigidos por el sistema conciente-preconciente.

El caso de los vínculos entre los sueños diurnos y los sueños nocturnos es probablemente el más complejo. No sin razón señalaba Freud que “[...] no parece fácil sustraerse de la fantasía cuando se intenta explicar el sueño” (Freud, 1900a/1979-82, p. 109). En la cita previa dijimos que ciertos factores involucrados en la formación del sueño quisieran producir con el material onírico algo semejante a un sueño diurno. Recordemos, además, que *El creador literario y el fantaseo*, plantea que los sueños nocturnos no son otra cosa que fantasías, tal como es posible averiguar por medio de su interpretación. Otra referencia, que encontramos en *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* nos dice que los sueños diurnos proporcionan la clave para entender los nocturnos, cuyo núcleo no sería otro que fantasías diurnas complicadas y desfiguradas (Freud, 1908b/1979-82, p. 141). Sabemos, a partir de *La interpretación de los sueños*, el modo en que diversos núcleos de *materiales oníricos* (como pueden serlo vivencias recientes e intensas, estímulos externos o corporales al momento del dormir, etc.) constituyen puntos firmes para la configuración de una situación de cumplimiento de deseo (por ejemplo, en Freud, 1900a/1979-82, p. 247).

Para aclarar esta cuestión resulta imperioso recordar que al avanzar en el análisis de la elaboración secundaria, Freud repara, en *La interpretación...* en que ésta puede ahorrarse en buena medida el trabajo de construirle al sueño una fachada inteligible cuando entre los pensamientos oníricos se encuentra listo un producto que cumple con aquellos requisitos:

En los casos en que un tal sueño diurno ya se encuentra formado dentro de la trama de los pensamientos oníricos, este factor del trabajo del sueño se apropiará de él con preferencia y hará que llegue al contenido. Hay sueños así, que no consisten sino en la repetición de una fantasía diurna, de una fantasía que quizá permaneció inconciente [...]. *A la complejidad de las condiciones que el sueño debe satisfacer en su génesis se debe el que con harta frecuencia la fantasía preexistente constituya sólo un fragmento del sueño*, o sólo un

---

<sup>19</sup> Debiéramos hacer una salvedad aquí, y pautar que, en lo que sigue, trabajaremos de entre las fantasías inconcientes aquellas que fueron en algún momento contenidos del sistema conciente-preconciente, para luego ser objeto de la represión. Dejaremos deliberadamente por fuera el examen de aquel otro subgrupo de fantasías inconcientes que no ha sido todavía objeto de un mayor análisis por parte de Freud en este período, es decir, aquellas que formarían una suerte de “tesoro” originariamente inconciente. En el capítulo siguiente del presente libro se hallará una posible vía de abordaje de esta cuestión.

fragmento de ella irrumpa en el contenido onírico. En total, *la fantasía será tratada después como cualquier otro componente del material latente* (*Ibíd.*, p. 489; las cursivas nos pertenecen).

La predilección por la utilización de fantasías diurnas ya disponibles como material para la configuración de sueños se articula a que brindan un componente oportuno para el acoplamiento de representaciones deseantes, con certeza debido a su carácter de composición mixta y a su conveniente plasticidad o figurabilidad. Independientemente de los casos en que la fachada de los sueños remite casi exclusivamente a la repetición de una fantasía, la gran mayoría de las veces, las fantasías ya disponibles (sean inconcientes o preconcientes) serán tratadas como los demás ingredientes del sueño, y por lo tanto, condensadas, desfiguradas, fragmentadas, etc.

Si bien no son simples los nexos que hallamos entre las fantasías y los sueños, ambos productos psíquicos están lejos de poder ser equiparados. Notemos, por ejemplo, que es indudable que el fantaseo hace uso de las huellas sensoriales halladas a la base de nuestra vida de representaciones (evocando imágenes visuales, auditivas, etc.), pero no opera allí la trasposición de pensamientos en imágenes sensoriales a las que se cree vivenciar como actuales mientras se duerme. El carácter alucinatorio constituye una peculiaridad casi exclusiva del sueño y que lo diferencia del sueño diurno<sup>20</sup>. Freud se dedica a considerar pormenorizadamente estas cuestiones en su *Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños*. De lo que allí se consigna, retomemos que en el caso de la formación del sueño se produce “un resultado muy asombroso y del todo imprevisto” (Freud, 1915d/1979-82, p. 226), donde un proceso urdido dentro del preconciente y reforzado por el inconciente toma un camino retrocedente (o regrediente) que le permite luego devenir conciente en calidad de percepción sensorial. Esto no ocurre en la formación de las fantasías diurnas, pues a pesar de ser concientes y poder alcanzar un grado de sensorialidad nada desdeñable, es bien notorio que, a pesar de ello, nuestro juicio no pierde la capacidad de distinguir realidades de representaciones y deseos (*Ibíd.*, p. 229). Incluso, y a diferencia del sueño, las fantasías diurnas suelen ser consideradas separadamente del resto de los contenidos de la conciencia y cultivadas a voluntad, independientemente del miramiento por la “realidad objetiva” sin que por ello resulte anulado el principio de realidad. Esto toca de cerca el tema del examen de realidad, tan importante en sus consecuencias.<sup>21</sup>

Si ahora volvemos sobre los síntomas neuróticos, tampoco resultará posible pensarlos como una trasposición directa de fantasías inconcientes. En *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico* vimos que Freud se dedica a esclarecer la ensambladura de esta modalidad particular y pantomímica de manifestación histérica que son los ataques, reconduciéndolos a fantasías patógenas y, por lo tanto, inconcientes. Señala entonces la intervención de cuatro

<sup>20</sup> Hay una breve mención a esta distinción entre sueños diurnos y nocturnos en *La interpretación de los sueños*. (Freud, 1900a/1979-82, p. 529) Por otra parte, Freud menciona que el carácter alucinatorio se encuentra también en dos estados patológicos: en la confusión alucinatoria aguda o *amentia* de Meynert, y en la fase alucinatoria de la esquizofrenia. Más adelante agrega que podría hablarse de una *psicosis alucinatoria de deseo*, atribuyéndola al sueño y a la amentia por igual (Freud, 1915d/1979-82, p. 228).

<sup>21</sup> Reconducimos, al respecto, al *Capítulo 10* del presente libro.

*factores* que provocan la no transparencia de las fantasías implicadas en ellos: la condensación de varias fantasías en una única figuración, la identificación múltiple, la figuración de un elemento a través de una manifestación antagónica (análoga a la mudanza de un elemento en su contrario) y la inversión de la secuencia temporal de la fantasía figurada.

Siguiendo a Freud, los dos últimos agentes de desfiguración mencionados nos permiten vislumbrar las resistencias que lo reprimido se ve precisado a tomar en cuenta aún cuando irrumpe en el ataque histérico (Freud, 1908e/1979-82, p. 209). Vemos que, a pesar de que podríamos esperar que los ataques resultaran más transparentes en sus determinaciones por hacer uso de fantasías proyectadas figurativamente sobre la motilidad, ello no sucede. Es posible hallar entre las determinaciones de los síntomas también la usual referencia a la situación que provocó su aparición, así como la subrogación de diversas mociones inconcientes, que aportan a su determinación múltiple, sujeta a leyes de composición (Freud, 1908b/1979-82, p. 144-45). En definitiva, tal y como señaláramos anteriormente, el nexo entre síntomas y fantasías es múltiple y complejo, no hay posibilidad de asimilación mutua.<sup>22</sup> Los síntomas, dijimos, responden además a una modalidad de avenencia entre tendencias en pugna, y constituyen por ello una solución de compromiso (que entrama una satisfacción sexual sustitutiva) donde también la tendencia represora ha puesto su marca (Freud, 1915c/1979-82, p. 181-82). Finalmente, también aquí, las fantasías involucradas han experimentado, bajo el influjo del proceso primario y de las condiciones impuestas por la censura, desfiguraciones análogas a las del sueño, de suerte que tanto en uno como otro caso han devenido opacas a un primer abordaje y requieren del mismo trabajo interpretativo.

En lo previo buscamos aportar elementos para sostener a las fantasías como un proceso diverso de las formaciones inconcientes. A continuación, volvemos sobre un problema crucial: cómo articular los atributos de las fantasías inconcientes con las características del proceso primario.

## **Fantasías concientes y fantasías inconcientes: ¿un asunto de estado?**

Retomemos en este punto el sentido impuesto a nuestro recorrido. Para cercar el objeto privilegiado de nuestro análisis nos resultó necesario abordar a las fantasías en tanto unidad problemática más amplia, y a partir de allí operar desagregando y diferenciando aspectos o dimensiones específicas de las fantasías inconcientes. Problema arduo este, teniendo en cuenta lo que se ha mencionado acerca de los íntimos vínculos entre los productos de la vida de fantasía. Si en lo previo retomamos los sueños diurnos, fue porque Freud reconduce a su represión el motivo más frecuente de la existencia de fantasías inconcientes.

En lo que llevamos establecido hasta aquí, explicamos la existencia de las fantasías en estado inconciente por acción de la represión secundaria o “esfuerzo de dar caza”. Para

---

<sup>22</sup> La interesante pregunta por el papel que Freud asigna a las fantasías en la formación de los síntomas neuróticos y las vacilaciones en las que, en ocasiones, parece incurrir, son objeto de análisis del capítulo siguiente del presente libro.

entender esta singular condición, echemos mano a algunas intelecciones metapsicológicas. En La Represión, Freud presenta este proceso como uno de los destinos posibles de una moción pulsional, cuya meta es tornarla inoperante (1915b/1979-82, p. 141). Sin embargo, este mecanismo perturba en su accionar únicamente el vínculo de la moción con un sistema psíquico, la conciencia, y “no impide a la agencia representante de la pulsión seguir existiendo en lo inconciente, continuar organizándose, formar retoños y anudar conexiones” (Ibíd., p.144). Ya en 1908 Freud nos indicaba que las fantasías, en virtud de la represión, podían mantener su contenido o experimentar variaciones, convirtiéndose ellas mismas en un retoño de aquella antaño conciente (Freud, 1908b/1979-82, p. 142). Así, una agencia reprimida puede encontrarse en muy diversos estados: permanecer inactiva (escasamente investida con energía psíquica) o activa e investida en grados variables. Su activación no tiene por consecuencia el cancelar directamente la represión, sino que pondrá en movimiento aquellos procesos tendientes a su irrupción en la conciencia por medio de retoños.

Si este es el caso, puede ahora (en estado inconciente) desarrollarse con mayor riqueza y menos interferencias, proliferar y encontrar formas extremas de expresión que presentan (al transponerse a la conciencia) una intensidad pulsional ilusoriamente extraordinaria, favorecida por el “despliegue desinhibido en la fantasía y de la sobreestasis producto de una satisfacción denegada” (Freud, 1915b/1979-82, p. 144). En el destino ulterior de estos retoños que se han abierto paso a la conciencia, también la medida de la activación o investidura (factor cuantitativo) suele ser lo determinante para el conflicto que conduce a la represión: “Un aumento de la investidura energética actúa en el mismo sentido que el acercamiento a lo inconciente, y una disminución, en el mismo que el distanciamiento respecto de lo inconciente o que una desfiguración” (Ibíd., p. 147). Si, a partir del momento en que las fantasías devienen inconcientes, reciben un tratamiento que se adecua a las particularidades del proceso primario, deberemos atender a esta legalidad para poder apreciar más claramente las características que adopta.

Lo Inconciente es, dentro de los trabajos metapsicológicos, aquel que se dedica a examinar detenidamente aquellas cuestiones. El núcleo del inconciente –leemos en el apartado V–, consiste en agencias representantes de pulsión que buscan descargar su investidura y permanecen unas junto a las otras sin influirse entre sí. Cuando son activadas al mismo tiempo dos mociones pulsionales cuyas metas son inconciliables, no se cancelan recíprocamente, sino que confluyen en la formación de una meta intermedia, un compromiso (Freud, 1915c/1979-82, p. 183).

En otros términos, podríamos decir que no rige aquí el principio lógico de no contradicción: en el inconciente no hay sino contenidos investidos con mayor o menor intensidad, e impera una movilidad mucho mayor de las investiduras. Ello permite que los montos energéticos puedan desplazarse y condensarse, estableciendo una diferencia importante respecto de lo que señalábamos en el caso del comercio entre representaciones regido por el proceso secundario. Otra divergencia digna de mención refiere al tratamiento del tiempo: los procesos del sistema inconciente son caracterizados como atemporales, queriendo ello decir que “no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de éste ni, en

general, tienen relación alguna con él” (Ibíd., p.184). Finalmente, tampoco poseen miramiento por la realidad: su destino sólo depende de la fuerza que poseen y se encuentran sometidos al principio de placer.

A lo mencionado se suman las complejas observaciones que se establecen en el mismo texto con respecto a dónde residiría finalmente la diferencia entre una representación conciente y una inconciente, es decir, cuál sería la especificidad de cada una. En el apartado VII, se introduce la idea de que la “representación-objeto” (*Objektvorstellung*) conciente abarca la investidura de la “representación-cosa” (*Sachvorstellung*, derivada de las huellas mnémicas del objeto) más su correspondiente “representación-palabra” (*Wortvorstellung*), mientras que la representación inconciente abarca sólo la “representación-cosa” (Ibíd., p.198). El sistema inconciente, nos dice Freud, contiene las investiduras de cosa de los objetos (las primeras y genuinas), a las que se añade por sobreinvestidura el enlace con representaciones-palabra solo a partir del accionar del sistema preconciente.

En tales sobreinvestiduras se sostiene la posibilidad de una organización psíquica “más alta” y el relevo del proceso primario por el proceso secundario. Es decir, una representación a la que se le rehúsa el ingreso en la conciencia ha sido despojada de su traducción en aquellas representaciones-palabra que deberían permanecer enlazadas con el objeto (Ibíd., p.198). Las representaciones-palabra provienen (de igual manera que las representaciones-cosa), de restos de percepciones sensoriales, por lo que podemos preguntarnos qué hace que sólo ellas hagan posible el devenir conciente. La respuesta que Freud propone es que esta sobreinvestidura, que otorgan las representaciones-palabra, aporta un refuerzo de cualidades nuevas, necesario debido a que los procesos de pensamiento se distancian de sus restos de percepción originarios y pierden dichas cualidades. Además, mediante este enlace con palabras, pueden ser provistas de cualidad aún aquellas marcas que no pudieron obtener cualidad alguna de las percepciones, porque correspondían, por ejemplo, a meras relaciones entre representaciones-objeto, “y tales relaciones, que sólo por medio de palabras se han vuelto aprehensibles, constituyen un componente principal de nuestros procesos de pensamiento” (Ibíd., p.199).

Nos interesa profundizar en los planteos anteriores en la medida en que nos permiten problematizar el esquema conceptual que veníamos planteando respecto de las fantasías inconcientes. Hasta aquí, los sueños diurnos se nos habían presentado como un producto digno de la elaboración secundaria, por lo que esperaríamos encontrar importantes desavenencias a partir del momento en que fueran sometidos al trabajo del proceso primario.

De entre los atributos otorgados a lo inconciente, comprobamos en las fantasías inconcientes características relacionadas con la atemporalidad que Freud adjudica a estos procesos. Ello les permite permanecer vigentes y eficaces (piénsese, por ejemplo, en las teorías sexuales infantiles) en el inconciente y comandar la configuración de retoños independientemente del paso del tiempo cronológico. Observamos, asimismo, cómo pugnan por abrirse camino a la conciencia y manifestarse aún cuando esto implique someterse a un trabajo de desfiguración en el que pueden también cooperar con otras mociones inconcientes

(incluso otras fantasías) a partir de la mucho mayor movilidad de investiduras que hallamos en el inconciente. También vimos que en su plasmación final pueden incluso dar lugar a retoños en los que coincidan manifestaciones contradictorias. Por lo tanto, podemos articular este aspecto con lo trabajado acerca de la producción de los sueños y de los síntomas, donde las fantasías eran sometidas a la legalidad propia del inconciente. Pero se nos impone, ahora, observar más de cerca algunos otros planteos de Freud.

Podríamos preguntarnos, ¿en qué sentido conservamos la denominación de “fantasías”? Si, como veníamos señalando, una de las características que imprime un rasgo distintivo a los productos de la fantasía es su carácter de construcción relativamente compleja y guionada, nos sale al paso el problema de hacer coincidir la conservación de unas tales propiedades con el funcionamiento psíquico inconciente, que no se presenta con arreglo a una temporalidad ni con miramientos respecto de una lógica no contradictoria. Agreguemos, en este mismo sentido, que la pérdida de la investidura (pre)conciente (y por lo tanto, la conservación de representaciones-cosa) debiera llevar a que, justamente, los nexos que hacen a la posibilidad de una tal organización lógica sean los más perjudicados. Es decir, si pensamos –con Freud– que al momento de ser reprimidas, estas fantasías debieran perder algunos de los caracteres que las particularizan, en qué sentido conservamos su denominación en lugar de considerarlas meramente una representación o un grupo de representaciones investidas pulsionalmente. Estos argumentos no llevarían sino a un aumento exponencial de interrogantes si quisiéramos evaluar la posibilidad de unas fantasías (en el sentido que las hemos definido) producidas en el inconciente mismo.

Y sin embargo, encontramos que los ejemplos clínicos que nos son presentados, parecen justificar la conservación de consistencia y coherencia, es decir, la estructura guionada de lo fantaseado. También hallamos referencias en las que difícilmente puedan constatarse las particularidades de la operatoria del proceso primario a las que veníamos haciendo alusión. Así sucedía en el caso de algunos sueños que parecían ser fantasías despojadas de casi todo trabajo de desfiguración onírica. Así también se nos aparecía el ejemplo dado por Freud en *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, de una paciente que había logrado “capturar” con la conciencia una fantasía inconciente que presentaba todos los rasgos de una narrativa novelada. Para comenzar a concluir, nos queda por revisar una última referencia (y la única con algún desarrollo) que encontramos en los trabajos metapsicológicos acerca de las fantasías inconcientes.

El apartado VI de *Lo Inconciente*, dedicado a trabajar el comercio entre los dos sistemas, Freud revisa el destino de los retoños del inconciente. Allí comenta que no resulta posible obtener una separación esquemáticamente clara entre los dos sistemas psíquicos. Es en este punto que hace mención a la temática objeto de nuestro interés. Señala que entre los retoños de las mociones pulsionales inconcientes, los hay que reúnen dentro de sí aspectos contradictorios:

Por una parte presentan una alta organización, están exentos de contradicción, han aprovechado todas las adquisiciones del sistema Cc y nuestro juicio los

distinguiría apenas de las formaciones de este sistema. Por otra parte son inconcientes e in susceptibles de devenir concientes. Por tanto, cualitativamente pertenecen al sistema Prcc, pero, de hecho, al lcc. Su origen sigue siendo decisivo para su destino. (1915c/1979-82, p. 188)

Podríamos pensar que nos encontramos frente a una nueva referencia a las fantasías inconcientes de origen también inconciente y, por lo tanto, retoño de dicho sistema. Si bien enigmática, la mención nos permitiría suponer que Freud habría encontrado, de este modo, una justificación para la idea de fantasías (con las particularidades que a ellas les hemos adjudicado) propiamente inconcientes. Sin embargo, si continuamos leyendo, se nos dice a continuación que:

De esa clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos, que hemos individualizado como etapas previas en la formación del sueño y en la del síntoma, y que, a pesar de su alta organización, permanecen reprimidas y como tales no pueden devenir concientes (Ibíd., p. 188).

A partir de lo trabajado, vinimos adjudicando con Freud a las fantasías inconcientes –por acción de la represión– eficacia en la génesis de síntomas y sueños, y teniendo en cuenta que resulta complejo decir que “permanece reprimido” algo que nunca fue reprimido en primera instancia, volvemos a suponer que Freud se refiere aquí a las fantasías (antes concientes) reprimidas. Pero nuevamente, caemos en la cuenta de que les ha otorgado un origen inconciente (“su origen sigue siendo decisivo para su destino”, nos dice) a pesar de que presenten cualitativamente las adquisiciones del sistema (pre)conciente. Nos dice que, a diferencia de otros retoños del inconciente (como sería el caso de las formaciones sustitutivas) que sí logran irrumpir en la conciencia, tales fantasías “se aproximan a la conciencia y allí quedan imperturbadas mientras tienen una investidura poco intensa, pero son rechazadas tan pronto sobrepasan cierto nivel de investidura” (Ibíd., p.188).

En definitiva, pretende aclarar el texto, lo inconciente es rechazado por la censura en la frontera de lo preconciente; sus retoños, por otra parte, sí pueden sortear esa censura, organizarse en un nivel alto y crecer dentro del preconciente hasta una cierta intensidad de investidura. Ahora bien, si rebasan dicha intensidad, pueden ser individualizados como productos del inconciente y reprimidos en la frontera de la censura situada entre preconciente y conciencia. Si tenemos en cuenta estos últimos agregados, podemos hacer inteligible la idea de algo de origen inconciente y a la vez reprimido, que nos había resultado problemática antes.

Sin embargo, dificulta enormemente la diferenciación que veníamos sosteniendo entre fantasías concientes e inconcientes a partir de su estado de no reprimidas versus reprimidas. Además, teniendo en cuenta lo hasta aquí dicho, deberíamos suponer que, efectivamente, estas fantasías, en caso de ser reprimidas darían ellas mismas lugar a la producción de retoños que sí ganarían acceso a la conciencia. Pero si ellas mismas constituyen retoños de lo inconciente, ¿hablaríamos aquí de retoños de retoños? Unas tales fantasías deberían ser

diferenciadas, por otra parte, de aquellas que hasta aquí veníamos denominando sueños diurnos, cuyo origen indudablemente conciente fue puesto de manifiesto repetidas veces a partir los textos abordados. O bien, podríamos intentar pensar que, de algún modo, también aquellos sueños diurnos concientes serían en sí mismos modalidades de expresión de lo inconciente, y generalizar, así, la idea de las fantasías (en su conjunto) como retoños.

Sin embargo consideramos que hay una importante distancia entre suponer la existencia de vínculos con lo inconciente y suponer que en sí mismas sean retoños de lo inconciente. Nos parece que esto último derivaría una eventual indiferenciación entre aquellos procesos psíquicos que quedarían englobados bajo dicha denominación y aquellos que permanecerían por fuera de ella, ya que nos preguntamos si en tal caso estaríamos dispuestos también a adjudicar esta condición a las novelas familiares de los neuróticos, por ejemplo, o incluso a los universalmente reconocidos “recuerdos encubridores” (y con ellos, prácticamente a todo recordar).

De cualquier modo, no es esta una cuestión que intentemos zanjar aquí, donde nos conformamos con reseñar los argumentos que Freud nos presenta y reflexionar acerca de sus implicancias. Simplemente damos cuenta de aquellos escollos a los que Freud hacía referencia como saldo del esfuerzo por trasponer los resultados de la observación y el trabajo analítico a un intento de formalización teórica. Se trata de un ejercicio reflexivo, ya que, como Freud señala, “[...] no hemos contraído obligación ninguna de alcanzar al primer asalto una teoría tersa; que se recomiende por su simplicidad. Saldremos de fiadores de sus complicaciones mientras ellas se muestren adecuadas a la observación, y no abandonaremos la esperanza de que precisamente ellas habrán de conducirnos, en definitiva, al conocimiento [...]” (Ibíd., p.187).

En definitiva, creemos que las apreciaciones que Freud brinda en *Lo Inconciente*, le permiten solucionar algunas de las dificultades que se presentaban a la hora de realizar una lectura de las fantasías desde los lineamientos metapsicológicos, pero también abren camino a toda una nueva serie de interrogantes.

## **Consideraciones finales**

Emprendimos este recorrido bibliográfico buscando rastrear aquellas menciones y definiciones de las fantasías concientes e inconcientes presentes en el período comprendido entre 1905 y 1915. Intentamos seguir a Freud en su complejización y extensión del análisis de la actividad anímica fantaseadora, para luego a partir de allí asir los argumentos que nos permitieran abocarnos a responder a nuestros interrogantes iniciales. En nuestro recorrido pudimos apreciar la importancia que cobran las fantasías en la comprensión de la vida psíquica de los seres humanos, así como también pesquisar el modo en que constituyen contenidos privilegiados entre los inconcientes, indudablemente eficaces en la producción de otros productos psíquicos. Logramos observar, a su vez, que en este trabajo de ir dando volumen a un concepto, Freud comienza a plasmar algunas cuestiones que darán lugar a futuros

desarrollos de la teoría (como es el caso de las fantasías originarias, o bien la consideración de la fijación y la regresión en el esquema etiológico de las neurosis).

En el importante número de referencias a las fantasías localizadas en los textos de este período, hallamos un interesante trabajo de tejido e integración conceptual que intentamos poner de relieve. Sin embargo, nos preguntábamos por el modo en que podían ser englobadas y explicadas las fantasías inconcientes desde una lectura enmarcada en la metapsicología de 1915, suponiendo allí alguna suerte de corolario de lo previo. Un primer obstáculo que nos encontramos fueron las poquísimas referencias que en estos trabajos se hacen a las mismas. Aun así, estas nos permitieron cercar y abordar más detenidamente las características de lo inconciente y sus propiedades, y desde allí releer lo que veníamos averiguando en textos previos.

Al momento de intentar articular ambas concepciones, fuimos hallando dificultades que hicimos manifiestas. La única referencia explícita de importancia, nos enfrentó con respuestas parciales a algunos de nuestros problemas, pero asimismo nos generó toda otra serie de interrogantes. Nos preguntamos, para terminar, si será posible hallar en la obra de Freud posteriores referencias que sostengan los argumentos aquí encontrados y si abonaron, estos, el camino para los futuros e importantísimos cambios en la teoría. Particularmente, nos preguntamos qué resonancias podrían encontrarse en textos que, como *Pegan a un niño* (1919a/1979-82), se ocupan centralmente de la cuestión de las fantasías inconcientes, pero poniendo de relieve un rasgo sumamente interesante: su apartamiento del restante contenido de la neurosis del paciente.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Para una lectura vinculada a este punto, remitimos al lector al Capítulo 9 del presente libro.